

edificar a lectores poco cultos sin el apoyo verbal de la predicación, o de servir a oscuros predicadores apremiados por las circunstancias, justifica el uso de recursos cómicos basados más en acciones chistosas que en figuras retóricas” (p. 313).

Después de demostrar en su análisis la pertinencia del marco conceptual, Cándano concluye afirmando que “la reputación de seriedad de las obras didácticas podría ponerse un tanto en entredicho” (p. 297). De los *exempla* revisados en el estudio, señala que 173 de los “valorados como cómicos contienen más de una situación o un personaje graciosos” (p. 299), de los incluidos dentro de los 63 motivos cómicos determinados por ella.

Por lo profundo de la investigación, por los ricos elementos que aporta, por la importante sistematización de los motivos cómicos —guardando las distancias, tan útil como lo fue la de Vladimir Propp en su momento para el estudio y análisis del cuento folklórico—, por la acertada aplicación de estructura conceptual, por lo acucioso de su análisis de los *exempla* seleccionados y, muy especialmente, por lo ameno del tratamiento del tema, el libro de Graciela Cándano, *La seriedad y la risa*, constituye una lectura obligatoria y un valioso aporte para quienes nos interesamos y trabajamos estos temas. Se trata de una lectura paradigmática, de consulta y de reto para quienes se inician en el tema, y una amena lectura para el público en general.

MARÍA TERESA MIAJA DE LA PEÑA

Universidad Nacional Autónoma de México

RICHARD BURKARD, *The archpriest of Hita and the imitators of Ovid: A study in the Ovidian background of the “Libro de buen amor”*. Juan de la Cuesta, Newark, DE, 1999; 200 pp.

La tesis principal de este estudio es sencilla: ante el crédito que década tras década y estudio tras estudio se ha dado a las ideas de Lecoy respecto a las fuentes ovidianas del *Libro de buen amor*, especialmente su *Ars amandi*, “it may be time, however, for a reevaluation” (p. 11). Aunque no se trata, por supuesto, de una discusión puntual de las ideas de Lecoy al respecto (de hecho, el nombre de Lecoy aparece apenas una docena de ocasiones), Burkard se propone demostrar que “the Archpriest probably knew nothing of Ovid’s guide to seduction [la *Ars amandi*]” y que “he probably knew nothing of any authentic work of the Roman poet” (p. 11), dando con ello pie a una hipótesis plausible: las doctrinas del amor expuestas en la obra de nuestro arcipreste provienen de la literatura compuesta por los epígonos medievales del *Magister amoris*.

La metodología que Burkard ha seguido para probar la dependencia del *Libro de buen amor* (en adelante, *Lba*) de la literatura pseudovidiana resulta sencilla. Comparando pasajes, temas, tratamientos, etc., el autor expone poco a poco una serie de lugares paralelos entre las obras que permiten vislumbrar alguna proximidad. La misma sencillez del método y la falta de datos externos que corroboren los indicios textuales, por desgracia, pocas veces permiten afirmar algo con certeza y exactitud, por lo que a menudo el lector encontrará matices necesarios como “probably” y continuamente frases que califican la relación entre textos de forma vaga: “an affinity which need not imply a strict derivation” (p. 58) o algo que “probably results from nothing more than a common outlook in the imitative tradition” (p. 140), para referirse a la relación entre el *De amore* y el *Lba*. Así, la *Pseudo-ars amatoria* “had a direct impact on the *Lba*” (p. 140) y entre el *De vetula* y el *Lba* la similitud en la idea general es obvia, aunque nada “reveals a direct dependency on the *De vetula*” y “apparently the Archpriest only read about the pseudo-Ovidian poem” (p. 141). ¿Dónde? ¿Cómo podría haberse acercado al texto sin propiamente conocerlo? ¿El conocimiento profundo de un texto fuente implica necesariamente la presencia de huellas textuales en el texto que se produce? La falta de precisión en el uso de conceptos, lamentablemente, conduce en algunas ocasiones a planteamientos insostenibles (como cuando en la p. 28 se dice que la actualización de los contenidos de un texto en otro se percibe como la precaución del “imitator” para no caer en “a total plagiarism”, concepto inaplicable para una Edad Media que cifra en la intertextualidad y en la cita los méritos de cualquier composición). En todo caso, aunque los argumentos de Burkard no son siempre contundentes vistos de forma aislada, revalorados en su conjunto ganan peso y consistencia.

Consecuentemente con este método comparativo, el estudio se organiza de acuerdo con los textos que sirvieron como probables fuentes del *Lba*. En el capítulo inicial, titulado “The *Ars amatoria* and the Latin Middle Ages” (pp. 13-43), Burkard se limita a mostrar la existencia de una serie de imitadores de Ovidio, lo que luego se convertirá en la columna vertebral de los capítulos siguientes, cuyos títulos retoman simplemente los de las cuatro obras comparadas (“2. *De amore*”, pp. 45-58; “3. *Pseudo-ars amatoria*”, pp. 59-99; “4. The *Pamphilus*”, pp. 101-121; “5. *De vetula*”, pp. 123-138). Las correspondencias, temáticas la mayor parte del tiempo, se agrupan en pequeños catálogos de lugares paralelos que se interpretan en razón de la proximidad o distancia que muestran con respecto al texto fuente. Mientras el *De amore* de Andreas Capellanus es una obra que coincide en espíritu con nuestro *Lba* (sin poder considerarse fuente de acuerdo con la comparación de sus lugares paralelos), el *Ars amatoria* del Pseudo-Ovidio parece tener una influencia más directa, como la que tienen

el *Pamphilus* y el *De vetula* (en el último caso, Burkard propone que su conocimiento por el arcipreste no fue directo, aunque sí decisivo para la conformación del *Lba*). Como un complemento importante para estos análisis, se incluyen las traducciones al inglés del *Pamphilus*, de la *Pseudo-ars amatoria* y un fragmento extenso del *De vetula* en tres apéndices (pp. 143-186).

En la línea más tradicional del estudio de fuentes, siguiendo los pasos de un Felix Lecoy o de algún venerable maestro de la más añeja tradición filológica, este estudio de Burkard ilustra bien no sólo lo difícil, sino también lo provechoso que resulta enfrentar las complejas redes de sentido que se tienden entre los textos medievales. Su investigación no carece, por supuesto, de interés ni de oportunidad dentro de los estudios ruicianos de los últimos años y, aunque su interpretación se centra en la existencia de vínculos indemostrables —de los de ver y tocar— entre el *Lba* y otras obras de inspiración ovidiana, ofrece nuevas vías de acceso a la riqueza alusiva que caracteriza esta obra maestra de la vía cuaderna. *The archpriest of Hita and the imitators of Ovid* no será, ni pretende su autor que lo sea, el libro definitivo sobre el tema. Se trata, no obstante, de una extensa, interesante y bien documentada opinión sobre el debate que intenta, con la evidencia actual, ofrecer una respuesta probable a una pregunta que no es sencilla y que ya hace muchos años formuló Lecoy, cuando apuntaba que “notre poète traite sa matière avec une liberté telle que l’on a pu douter sérieusement si ces connaissances venaient d’une lecture directe du texte d’Ovide, ou si elles n’étaient que le reflet d’un enseignement et d’une doctrine diffusée à l’époque” (Droz, Paris, 1938, p. 294).

ALEJANDRO HIGASHI

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

VICENTE ESPINEL, *Diversas rimas* [1591]. Estudio y edición de Gaspar Garrote Bernal. Diputación Provincial, Málaga, 2001; 780 pp. (*Clásicos malagueños*).

Este libro, cuya “base”, según dice el autor (p. 385), es su tesis de 1990 en la Universidad Complutense, se presenta como volumen 2 de las *Obras completas* del beneficiado de Ronda (supongo que el vol. 1 será el *Marcos de Obregón*). Las casi 400 páginas del “Estudio preliminar”, la abundancia de notas y la vastedad de la bibliografía —pese a que los estudios sobre la *poesía* de Espinel no abundan mucho— son señales de una minuciosa labor de investigación que debe de haber durado no pocos años. Me apresuro a confesar que de este “Estudio” no